Oralidad e historia antigua: una nueva motivación para el estudio del universo paremiológico

JUAN CASCAJERO
Universidad Complutense de Madrid

I

Parece inobjetable que la gran mayoría de fuentes escritas tradicionales que se vienen usando para la reconstrucción y comprensión de las condiciones de existencia de las gentes de la Antigüedad, a través del estudio de sus ideologías, sólo son *los restos de la producción intelectual de los grupos propietarios*. Así lo he venido señalando repetidamente[1], procurando destacar lo limitado del alcance de unas fuentes, cuyo uso habría de circunscribirse a esos grupos y sus aledaños, siendo mucho más problemática su aplicabilidad al resto de la población. La visión del mundo que contienen resulta, así, limitada no sólo por lo restringido de su origen sino también por lo reducido de su destino o, dicho en otras palabras, por el hecho de que, construidas por unos pocos, sólo aspiraban a ser leídas por unos pocos. Y no pudo ser de modo distinto de como fue. No pudo ser, porque sólo unos pocos, de unos pocos lugares, habrían logrado estar en condiciones de expresarse con la altura de formación intelectual que sus obras denotan. Sólo unos pocos, ya con la suficiente preparación, habrían podido disfrutar de los recursos necesarios, además, para sortear las múltiples dificultades de todo orden que planteaba la publicación de sus textos, así como de eludir la acción de la censura o los resultados de la reprobación de los poderosos. Sólo unos pocos, cumplidas ya las condiciones previas para lograr la publicación de sus obras, serían capaces de verlas sortear con éxito los innumerables obstáculos de transmisión y conservación que los siglos venideros habrían de oponerles. Pero las más aplastantes mayorías de las gentes de los amplios espacios históricos de la Antigüedad, por más que sus contenidos no dejaran de afectarles, permanecieron absolutamente al margen de esas creaciones intelectuales. Esas inmensas mayorías no supieron, ni hubieran podido saber, expresar por escrito sus vivencias, dado su grado de analfabetismo. Pero, aún en el caso, históricamente casi imposible, de que hubieran llegado a saber, no pudieron, ni habría podido ser de otro modo, dar publicidad por escrito a sus formas de pensar y sentir en forma perdurable, dadas las múltiples e insalvables barreras económicas, socia-

[1] Véase, por ejemplo, mi "Oralidad, escritura e ideología: hacia una reubicación de las fuentes escritas para la Historia Antigua", *Gerión*, XI, 1993, pp. 95-144, dedicado, específicamente, a este tema.

les, políticas e ideológicas que se lo habrían impedido. Esas inmensas mayorías, en muchas ocasiones, no quisieron tampoco expresarse ni definirse, lo que resulta ser muy diferente a estar de acuerdo con los alegatos de las minorías, no a causa de la siempre dudosa eficacia de los mecanismos de acción ideológica de los grupos propietarios sino por sentido común, por elemental sentido de prudencia, para evitar la inmediatez de unas represalias suscitadas siempre por las actitudes contestatarias. Pero también, y con más frecuencia de lo que suele concedérseles, se expresaron, aunque, naturalmente, a través de sistemas de comunicación capaces de soslayar las múltiples barreras, de saber y poder, que su época les oponía: entre otros, mediante la palabra hablada, a veces sapiencial, a veces poética, pero casi siempre, por su cotidianeidad, sin posible ubicación literaria, estrechamente ligada a las inquietudes y sentimientos, al genio, de unas gentes entre las que nacía y se propagaba con mucha mayor fluidez y menos dificultades de lo que pudieran haberlo hecho nunca las manifestaciones escritas.

Desde luego, ha de considerarse excesivo, si no frívolo, o, peor aún, interesado, el optimismo reinante, todavía hoy, al considerar el grado de alfabetización de las sociedades antiguas[2]. Esa tendencia generalizada hunde sus rechace en una hipervaloración de los datos, interpretados en el caldo de cultivo de una visión idealizada de la sociedad antigua. En otros lugares, he sometido a revisión el cúmulo de pruebas que suelen aducir para procurar solidez a sus tesis pareciéndonos que su línea argumentativa hace aguas por todas partes[3]: procediendo de unos pocos centros urbanos, sin duda privilegiados desde esta perspectiva, pretenden hacerse extensivos, gratuitamente, a los amplios espacios de la Geografía Antigua. El simple enunciado de la cuestión, según creemos, bastaría para dejar al descubierto el uso abusivo que se viene haciendo de los datos disponibles: *¿cuántos, quiénes, y con qué nivel, sin importar su condición sexual, política o social, no en unos pocos centros urbanos sino en los vastos espacios históricos en que los grupos propietarios*

---

[2] Aunque, como es lógico, la calificación otorgada de optimistas o pesimistas resulta absolutamente subjetiva por cuanto siempre dependerá de la actitud del observador, resulta abrumadora la mayoría de obras que, en nuestra opinión, han sobrevalorado la extensión social de la alfabetización en el mundo antiguo, aún cuando sus datos y juicios se han basado en unos pocos lugares y en unas épocas concretas nada representativos del conjunto. Decididamente optimistas son, a nuestro juicio, entre otros,GUILLEMIN,A. M., *Le public et la vie littéraire à Rome*, París, 1937; TANZER, H. H., *The Common People of the Pompey. A Study of the Graffiti.*, Baltimore, 1939; TURNER, *Athenian Books in the Fifth and Fourth Centuries*, Londres, 1952; BECK, F., *Greek Education* 550-350 B. C., Londres, 1964; HARVEY, "Literacy in Athenian Democracy", *REG*, XXIX, 1966, pp. 585-635; CIPOLLA, *Literacy and Development*, Harmondsworth, 1969; ROBB, K., *The Progress of Literacy in Ancient Greece*, Los Ángeles, 1971; BOWEN, J., *A History of Western Education. The Ancient World*, Londres, 1972; BORING, T., *Literacy in Ancient Sparta*, Supp. *Mnemosyne*, 54, 1979; KNOX, B., "Libros y lectores en el mundo griego", en *Historia de la Literatura Clásica, I, El mundo griego*, Madrid, pp. 13-55; NIEDDU, G F., "Alfabetismo e diffusione sociale della scrittura nella Grecia Arcaica e Classica", *S & C*, VI, 1982, pp. 233-261; "Testo, scrittura e libro nella Grecia Arcaica e Classica", *S & C*, VIII, 1984, pp. 213-261; MUSTI, D.,"Democracia e scrittura", *S & C*, X, 1986, pp. 21-48; KENNEY & KLAUSEN, "Libros y lectores en el mundo de la antigua Roma", en *Historia de la Literatura Clásica, II. El mundo romano*. Madrid, 1989, pp. 15-67. Más ponderada es la actitud de HAVELOCK, E. A., quien destaca, no obstante, el rápido despegue de la alfabetización en Grecia a partir del 430 a. C., especialmente en su *The Literate Revolution en Greece and its Cultural consecuences*, Princeton, 1982 y su *The Muse Learns to Writte. Reflections on Orality and Literacy from Antiquity to the Present*, Londres, 1986. Decisivas, en este campo, nos parecen las aportaciones de YOUTIE, H. C., recogidas en sus *Scriptiumculas Posteriores*, Bonn, 1981, y, sobre todo, HARRIS, V. W. *Ancient Literacy*, Londres, 1989 y "L'analfabetismo e le funzioni della parola scritta nel mondo romano", *Quaderni di Storia*, XIV, 1988, pp. 5-26.

[3] Cf., mi "Escritura, oralidad e ideología...", *cit.*, especialmente, pp. 103-113.

se expresaron en griego, así como en aquellos otros sometidos al dominio de Roma, fueron capaces de dominar la tecnología de la escritura? Desde luego, el despegue de la alfabetización en el mundo moderno sólo pudo producirse, a través de un lento y costoso proceso, cuando todo un cúmulo de circunstancias positivas fueron confluyendo[4]. Pero en el mundo antiguo, por mucha imaginación que se posea, no es posible observar circunstancias similares. En él, no hubo, ni pudo haber habido, procesos de alfabetización generalizados porque condicionantes de carácter demográfico, económico, social, tecnológico, político e ideológico lo obstaculizaron y, salvo para unas pocas gentes privilegiadas, pertenecientes a unos cuantos centros urbanos, lo impidieron. En consecuencia, puede anticiparse ya, no basta, por insuficiente, con admitir que las formas de expresión oral sobrevivieron después de la introducción de la escritura, porque debe recalcarse que siguieron siendo dominantes y, para la más absoluta mayoría de la población, las únicas[5]. No es posible pensar que la gran mayoría de quienes llegasen a tomar contacto con las letras superase los niveles bajo o medio de alfabetización, quedando el alto o muy alto [6] circunscrito a unos

---

[4] Cuando el desarrollo de nuevas formas económicas, relacionadas con el capitalismo y el auge de la industrialización, exigieron una mano de obra cualificada y, hasta cierto punto, letrada; cuando el crecimiento de la población urbana, a costa del campo, fue haciendo más rentable el esfuerzo educativo; cuando se fue gestando una voluntad política, por iniciativa propia de los grupos en el poder o por presión social, capaz de asumir la tarea de impulsar sistemas escolares ampliamente subsidiados; cuando capas sociales, cada vez más amplias, fueron capaces de prescindir, o fueron obligadas a ello, de la aportación económica del trabajo infantil o juvenil; cuando el desarrollo de la imprenta bajó el coste de la producción libraria y, en consecuencia, sus precios; cuando la incipiente y después decisiva producción en serie bajó el costo de los materiales de aprendizaje; cuando el desarrollo de nuevas formas ideológicas, relacionadas con los nuevos sistemas económicos y sociales, como el protestantismo, incitaron a la lectura directa de determinados textos o a la formación intelectual, en general; cuando, en los padres, se fue formando la convicción de que la formación de sus hijos era deseable, por las espectativas de mejora social que el entorno ofrecía, y también, posible, por los recursos que la sociedad proporcionaba; cuando la mujer, a través de duras luchas, consiguió, poco a poco, irse incorporando a la vida ciudadana.

[5] Sólo en este marco general es lícito proceder al estudio de procesos de alfabetización concretos que, únicamente, revestirían el carácter de peculiaridades regionales.

[6] Todavía hoy se sigue recibiendo el aberrante mensaje subliminal de que la introducción de la escritura en una formación social deba implicar su extensión generalizada, legitimando a los estudiosos, en consecuencia, a hablar de sociedades letradas -por oposición a sociedades orales- por el hecho de que algunos de sus miembros pudieran disfrutar de las ventajas de los medios de comunicación escrita. Por lo que se refiere a nuestros propósitos, es preciso matizar, un tanto, sobre los distintos niveles de alfabetización. Naturalmente, el estudio de los diferentes grados en el dominio del recurso tecnológico de la escritura, desde la firma titubeante de un documento hasta la fina escritura costosamente elaborada de la alta cultura, evidencia infinitos niveles d alfabetización. Sólo la necesidad, por tanto, de someter a revisión realidades complejas podría justificar la simplificación que toda clasificación en niveles encierra:
1. "Analfabetismo integral" o incapacidad absoluta para el dominio de la escritura o la lectura.
2. "Alfabetización baja" que posibilita a sus poseedores a leer sus nombres, escribirlos y a la comprensión y emisión de mensajes escritos elementales.
3. "Alfabetización media", que es capaz de prestar soporte tecnológico a la atención de negocios diversos, pero a la que se puede incluir, todavía, dentro del "iletrismo", en el sentido de que aún no permite a sus poseedores el enfrentamiento sistemático con la dificultad de los textos escritos.
4. "Alfabetización alta", que permite la lectura de una amplia gama de textos, así como la ejecución de diversos tipos de ellos, requiriendo, para su logro, de amplios períodos de instrucción sistemática.
5. "Alfabetización muy alta" que capacita a sus poseedores para todo tipo de experiencias en relación con la lectura y la escritura. Desde luego, dado el carácter de las fuentes cuyo valor instrumental se somete a revisión, interesaría averiguar quiénes llegarían a alcanzar el nivel 5º, único capaz de precisar la peculiari-

pocos miembros de unas pocas familias de cultura tan floreciente como saneada era su economía y clara su perspectiva política, reproduciendo y expresando, también desde este ámbito, la realidad de los tiempos. Y es que, aunque lastime la sensibilidad de los portadores de una visión idealizada del mundo greco-romano, cada formación social sólo puede alcanzar el nivel cultural que su estructura permite y el sistema esclavista, imperialista[7] y misógino, dominante en la Antigüedad, estaba intrínsecamente incapacitado para producir un desarollo cultural uniforme en sus hombres y mujeres, con la correspondiente e imprescindible alfabetización generalizada de sus componentes.

Así, la capacidad de superación de los múltiples obstáculos que impidieron alcanzar un nivel alto o muy alto de alfabetización, imprescindible para crear las elevadas contrucciones mentales que consideramos, sólo estuvo al alcance de una pocas manos: las de los miembros más selectos de los grupos propietarios griegos y romanos y sus aledaños. Sólo ellos parecían nacer predestinados a alcanzarlos, en tanto que las mayorías resultaban, naturalmente, impedidas. Pero tales capacidades, de orden cultural, siendo necesarias, no eran suficientes para llegar a convertirse en autores de nuestras fuentes. Debían, además, ser capaces de franquear con éxito las áridas barreras inherentes a la publicación, ejecución de copias y corrección de las mismas, distribución a libreros y comercialización y conservación de su obra[8]. Y esas dificultades no eran ya sólo de tipo intelectual o económico, sino también, al margen de la lógica selección basada en citerios literarios, de carácter ideológico. Ningún posible autor podría aspirar a publicar contenidos de tono subversivo o insidioso contra el orden establecido por los grupos económica y políticamente poderosos o sus guardianes[9]. Difícilmente la obra de un posible discrepante podría esperar la supervivencia, porque quien se hubiese atrevido a guardarla, y por tanto contribuir a su preservación, era igualmente considerado culpable. Sería el miedo, tanto como la fuerza intimidatoria directa de la represión, el gran agente censor de aquellos personajes cultos que pudieran haber disentido: miedo a las represalias físicas y económicas, miedo a perder el *status* social, miedo a cerrarse, para sí y para los suyos, las puertas del futuro. Pudo ser el miedo, sin duda, una de las

---

dad intelectual del genio creador de las mismas, así como, aunque en grado menor, el nivel 4º, que permitiría precisar cuánta gente, además de la del grupo 5º, podría estar en condiciones de realizar un cierto seguimiento de las ricas elaboraciones intelectuales de griegos y romanos.

[7] Vale la pena reproducir la clarividente opinión de SCHIAVONE, A. ("La struttura nascosta. Una grammatica dell'economia romana", en *Storia di Roma, IV. Caratteri e morfologie*, Turín, 1989, p. 28), sobre el sistema económico romano: "L'economia romana classica consiste di un sistema agrario-mercantile, a base spansionistica e schiavistica, controllato saldamente da una fascia ristretta di cetti propietari. I suoi elementi determinanti sonno la terra, l'autoconsumo, gli schiavi, la 'valorizazione' del capitale commerciale, l'espansionismo di rapina, con il conseguente regolare prelievo forzato dai territori conquistati".

[8] Cf. KLEBERG, T., "Commercio librario ed editori nel mondo antico", en CAVALLO G. (Ed.), *Libri, editori e pubblico nel mondo antico*, Roma, 1975, pp. 25-80; KNOX, B. "Libros y lectores...", *CIT.*, pp. 13-55; KENNEY, E., "Libros y lectores...", *Cit.*, pp. 15-67; STARR, R. J.,"The Circulation of Literary Texts in the Roman World", *Classical Quarterly*, 37, 1987, pp. 213-233.

[9] Como las propias fuentes, sobre todo, las romanas, aún expurgadas ellas mismas, demuestran con sus numerosas referencias a la actividad represora de unos poderes, celosos siempre, de su prestigio e inflexibles ante el rebelde. Si hasta la época del Imperio, aún eran posibles las rencillas y escaramuzas entre las propias élites, después ya no lo sería, desatándose una persecución que habría de alcanzar no sólo a los autores incautos y a sus obras sino también a libreros, distribuidores e incluso a los simples poseedores. Véase GIL, L., *La censura en el mundo antiguo*, Madrid, 1961.

fuerzas motrices que impulsó ese panorama ideológicamente uniforme que, *falsamente*, exhalan las fuentes antiguas[10].

No conviene, en fin, olvidar que los condicionantes que influyeron en los momentos de su creación y publicación, obstaculizando y estorbando, o, por el contrario, impulsando la obra escrita, habrían de seguir presidiendo sus avatares en las épocas posteriores. La lucha por la supervivencia entre textos de distinto signo habría de ser del todo desigual, de modo que, si la gran aventura de la transmisión podía resultar insalvable, y así ocurrió en la mayoría de los casos, para unas obras que, nada gratuitamente, gozaban del beneplácito tanto del poder como de sus sabios, porque cualquier accidente, cualquier desastre o cualquier olvido podía romper, y de hecho rompió, con trágica frecuencia, la frágil cadena de la transmisión textual[11], a la voz disidente, cuando lograba expresarse por escrito, hecho sumamente difícil por los motivos aludidos, le resultaba infranqueable. Habrían sido precisos esfuerzos constantes de protección y mimo de las pocas expresiones rebeldes, pero no se dieron, y la mayoría de ellas -en relación con el filtro que hubo de suponer el tránsito del rollo al códice[12]- no lograría ni siquiera superar el tránsito a la Antigüedad Tardía. Por entonces, ya no era necesario perseguirlas ni destruirlas directamente, bastaba con no cuidarlas ni copiarlas y dejar obrar a la naturaleza, para que, como si de un lento proceso de tortura se tratara, poco a poco fuesen consumidas, cuando la humedad, la polilla o los ratones hubieran destruido el último de sus soportes naturales[13]. Y es que la historia de los textos escritos reproduce, fuerzas de azar al margen, la historia ideológica y, en consecuencia, la Historia Social de la Antigüedad. Por eso, si se quiere conocer la Historia a través del estudio de sus ideologías, fenómeno cada vez más frecuente, es preciso andar tras la voz perdida por otros caminos, porque el hecho de que no se nos haya transmitido, en absoluto quiere decir que no haya

---

[10] En relación con los sistemas sociales imperantes en la Antigüedad, no parece que pueda negarse, todavía, la presencia de una gran fuerza ideológica que, apoyándose no sólo en sus propios recursos sino también, y sobre todo, en la fuerza económica y militar que la sustentaba, lograra, a través de la intimidación, controlar, hasta donde le era posible, la manifestación externa de otras ideologías competidoras, siendo capaz de ofrecer, quizás ya en su época y, desde luego, en la nuestra, una falsa imagen de predominio sobre las demás, dejando en el estudioso una rara sensación de uniformidad mortecina en la manera de ver y sentir las cosas por parte de los hombres y mujeres de aquellos tiempos. Un mundo antiguo, profundamente contradictorio, roto en sus pueblos y en sus gentes, con distinta salud, esperanza de vida, poder y recursos, paradójicamente, se presenta a sí mismo, sin embargo, como una unidad afectiva e intelectual, dulcemente complacida con su vida y su destino.

[11] No es posible introducirse en la problemática concerniente a la transmisión de textos. Véase, no obstante, a modo de presentación del tema REINOLDS, L. D. & WILSON, N. G., *Copistas y filólogos. Las vías de transmisión de las literaturas griega y latina*, Madrid, 1986.

[12] Véanse, a modo de síntesis, ROBERTS, C. & SKEAT, T. C., *The Birth of Codex*, Oxford, 1983; LEMAIRE, J., *Introduction a la codicologie*, Lovaina, 1989 y WEITZMANN, K., *El rollo y el códice*, Madrid, 1990.

[13] Suelen destacarse, con frecuencia, los momentos más espectaculares de la aventura de la transmisión textual, tanto de orden positivo como negativo, como la creación de grandes bibliotecas (o su destrucción), la presencia de emperadores amantes de las letras (o de déspotas represores de las libertades), guerras devastadoras, incendios catastróficos etc. No debe olvidarse, sin embargo, que existieron otros fenómenos, quizás menos llamativos, pero de acción más constante y, por ello, en mayor medida responsables de ese "proceso de selección por el cual sólo una mínima parte de la producción total se ha conservado" (BERNABÉ, A., "Transmisión de la literatura griega", en LÓPEZ PEREZ, J. A., Ed., *Historia de la Literatura Griega*, Madrid, 1988, p. 1189).

existido, como en interesados ejercicios de simplificación, tantas veces se quiere hacer ver. Así pues, la voz transmitida es sólo la voz de unos pocos y, dado que no recibieron capacidad de representación alguna -que se sepa- , sólo su visión representa, por lo que dotarla de un valor de absoluto predominio, que, sin duda, no tuvo, no es otra cosa que contribuir a perpetuar una ideología tantas veces asentada en la explotación económica y en el exterminio de pueblos y gentes.

II

Funestas para el desarrollo de metodologías que hubieran permitido el acercamiento a *esas voces del silencio* han sido no sólo los malos usos y costumbres historiográficos, tantas veces interesados, sino también el lamentable éxito de sistemas teóricos, aparentemente inocuos, provenientes de la reflexión social. Dos ejemplos: "La tesis marxista de la ideología dominante" y " la tesis funcionalista de la cultura común". La primera pretende seguir las palabras de Marx y Engels en *La ideología alemana*: *"las ideas de la clase dominante son las ideas dominantes en cada época; o, dicho de otro modo, la clase que ejerce el poder material dominante en la sociedad es, al mismo tiempo, su poder espiritual dominante"*. Esta tesis, en su desarrollo, ha llegado a negar las posibilidades de existencia autónoma de las ideologías separadas y aún enfrentadas a la de la clase dominante[14]. Obligados, sin duda, para redondear su concepción del universo social, a disponer una explicación a la aparentemente paradójica estabilidad de sistemas sociales contradictorios, sobre todo del capitalismo, se dispuso una peculiar salida de emergencia a través de una curiosa ordenación de sus sistemas ideológicos, capaz de lograr la integración de las clases subordinadas mediante la ocultación de las relaciones de explotación existentes y la impulsión de espectativas erráticas en las masas. Igualmente perniciosa es la tesis sostenida por los herederos del catecismo funcionalista-estructural, visionarios de un orden social estable, gracias a la existencia de una *cultura común* y unos *valores compartidos*, quienes pretenderían encontrar explicación a la estabilidad de las sociedades históricas en la generalización de un "sistema de valores compartidos", de un "consenso moral", de un "universo simbólico común". Las consecuencias de la irrupción de estas teorías en la Historia Antigua han sido nefastas a la hora de intentar detener esa doble injusticia cometida con el hombre común, porque, desposeido, ya en su tiempo, de los bienes materiales, ahora ha de resultar privado, incluso, de su humanidad. Porque, si se acepta que *las ideas de la clase dominante* predominaron ampliamente en toda la sociedad, si una misma *cultura común* impregnó hasta la médula a todos sus miembros, conociendo esas ideas de la clase dominante, esa cultura común, entraríamos en contacto con *toda* la sensibilidad de aquella socie-

---

[14] Éste sería, en síntesis apretada (el tema lo hemos desarrollado en "¿Conciencia cívica en la Antigüedad...?", *ARIS*, IV (en prensa), así como en "Escritura...", *cit.*, pp. 117-122) su triste recorrido. El concepto gramsciano de *hegemonía*, aún no atreviéndose a negar del todo esa especie de semillas de autonomía de las masas que constituirían su *sentido común*, habría de poner la primera piedra de ese gran muro teórico condenado a obstaculizar la visión de las actitudes y sensibilidades de los desposeidos por parte de unas gentes que decían (y, sin duda, creían) dedicarse a la liberación material y espiritual de los mismos. Porque, sobre sus huellas, *la Teoría de la Legitimación*, de Habermas y, en mayor medida, por su amplia difusión, la peculiar disposición althusseriana de los conceptos de "Aparato Represivo" (ARE) y "Aparato Ideológico del Estado" (AIE) aseguraban el papel insustituible de la ideología dominante en la estabilización y reproducción de las relaciones de producción. Al apuntalamiento definitivo del muro aludido, se iban sumando los esfuerzos de nuevos arquitectos de la Teoría, como la *Tesis del instrumentalismo ideológico consciente* de Miliband o la constante circulación de los conceptos de *predominio de clase* e *ideología dominante* de Poulantzas, la *Teoría de la acción ideológica omnipresente*, aunque encubierta y disfrazada de Lukacs o la idea de *ideología saturadora de la conciencia* y el concepto de *tradición cultural selectiva* de Williams. Cf., como referencia fundamental sobre el tema, ABERCROMBIE, N. & HILL, S. & TURNER, B., *La Tesis de la ideología dominante*, Madrid, 1987.

dad. Ya no importaría, entonces, constatar que las fuentes escritas provinieran, casi exclusivamente, de la producción intelectual, y además expurgada, de los grupos propietarios, porque resultarían legitimadas para el conocimiento certero de las formas de conciencia y representaciones mentales de todas las gentes. (¡Curioso consenso éste, de marxistas sostenedores de "la tesis de la ideología dominante", de sociólogos portadores de "la cultura común", de neo-positivistas y de liberal-idealistas, en el que todos juntos niegan, desde la presunta fortaleza de sus presupuestos teóricos, la capacidad de todo ser humano de portarse como tal!).

Pero, de ningún modo, es posible aceptar el panorama de unas gentes que vivieron bajo la amenaza permanente de ser despojados de su propiedad, o de su trabajo, muchos de ellos objeto de propiedad ajena, permanentemente atemorizados y, ahora, privados, por obra de teóricos e historiadores, de su racionalidad, como auténticos brutos ya, incapaces de pensar y sentir por sí mismos, de captar sus condiciones de existencia, cual naturalezas descerebradas y cuerpos sin alma. Si este paisaje no resulta gratificante, a la hora de tratar de mirar y comprender las vidas de esas mayorías, tristemente denominadas "silenciosas", se ha de intentar devolverles su humanidad secuestrada aceptando su indiscutible capacidad para disfrutar de creencias, valores, sensibilidades y formas de conciencia propias que sus contemporáneos afrentaron y que sólo los estudiosos de hoy han logrado arrebatarles. Debe oírse su voz, triste y apagada unas veces, otras enérgica y, casi siempre, virgen de escritura, con el sencillo ejercicio de querer escucharla y surgirá un eco humano, a menudo, disidente.

III

Una recapitulación más. Cientos de miles de lenguas han sido habladas en la Historia de la Humanidad, pero sólo una insignificante fracción, unas 100[15], han llegado a dominar la escritura lo suficiente para crear una literatura escrita[16]. 3.000 ó 4.000 lenguas son habladas hoy[17], pero menos de 80 logran expresarse de este modo. Decenas y decenas de lenguas fueron habladas por las gentes y pueblos que vivieron en el espacio histórico griego o romano, pero sólo unos pocos fueron capaces de manifestarse a través de la escritura. De entre quienes lo fueron, sólo una parte conoció el griego o el latín. De entre quienes lo conocieron, sólo una diminuta minoría, ubicada en la cúspide del poder político y económico, o aspirante a congraciarse con él, pudo lograr una preparación adecuada como para convertirse en autora de los refinados modos de pensamiento clásicos, logrando vencer el tiempo y hacernos llegar algunas de sus obras. Pero el alcance de esas obras, marcadas tanto por su origen como por los intereses que representaban, no puede dejar de resultar limitado para el estudio de las condiciones de existencia de todos los hombres y mujeres de la Antigüedad a través de sus producciones ideológicas. El historiador no puede regalar, gratuitamente, a la palabra escrita de una ínfima, aunque poderosa y culta minoría, una representatividad sobre los demás que nunca detentó. Ni aún siquiera, puede otorgarse a esos restos escritos un monopolio en la expresión de las actitudes de las minorías, porque, incluso, sus pro-

---

[15] Véase, sobre estos temas, EDMONSON, M. S. L., *Lore: An Introduction to the Science and Folklore and Literature*, Nueva York, 1971.

[16] Cf., ONG, S. J., "Writing is a Tecnology that restructures Thougth", en BAUMANN, G., *The Written Word. Literacy in Transition, Oxford, 1986, p.26.*

[17] 4000 es la cifra que ofrece Edmonson, 3000 otorga Poca, A., (*La escritura. Teoría y técnica de la transmisión*, Barcelona, 1991, p. 7) pero las diferencias de criterio de los distintos autores no alteran, en absoluto, el valor del discurso.

pias vidas siempre dependieron , en gran medida, de las formas de comunicación oral[18]. Dejando hablar a las fuentes[19], en suma, sin tomar la debida distancia crítica, sólo puede perfilarse, y no de una forma suficientemente válida, la imagen de los valores y actitudes concretos de quienes las crearon, pero nada dicen, ni podrían decir, de los demás grupos, que no concedieron nunca, creemos, forma alguna de representatividad ideológica a sus dominadores, explotadores o dueños. Se podrá, por tanto, seguir estableciendo, cuantas veces se quiera, un feliz diálogo, plagado de complicidades, entre "los señores de la escritura de la Antigüedad y las pretendidas élites intelectuales de hoy, reivindicando, al unísono, la valía y representatividad generalizada de sus actitudes. Pero, unos y otros, sólo pueden representar lo que representan: a sí mismos y nada más.

Sería preciso, por tanto, si se quiere eludir ese turbio juego de complicidades, intentar tender puentes sobre esa enorme laguna, silenciosa y aún casi desconocida, de las actitudes y mentalidades de la mayoría de las gentes de la Antigüedad[20]. Porque, del mismo modo que una sociedad que aspire a ser justa -según el concepto rawlsiano de justicia[21]- debe procurar primar a los menos beneficiados, una Historia que pretenda ser justa debería ir pensando ya, sin más dilación, en discriminar positivamente a los que fueron más, por su número y por las desgracias padecidas, y, sin embargo, siguen siendo relegados. Será, para el historiador, una aventura llena de riesgos, porque habrá de dejar atrás unas metodologías "seguras", asentadas y veneradas durante siglos, para buscar otras que están aún por hacer. Deberá llenar sus alforjas de humildad y pedir ayuda a filólogos, etnólogos, sociólogos y folkloristas que le van precediendo en el estudio de la oralidad para que le enseñen a captar la riqueza de matices de "esas voces que nos llegan del pasado"[22], de sus refranes y proverbios, de sus canciones y cuentos, de sus parodias y chistes, de sus fábulas, capaces, solo ellos, de acercarnos un poco más a las almas de quienes las crearon. Debe, aceptando la mano tendida por los estudiosos de otras ciencias hermanas, iniciar ese camino que le conducirá a las pautas de conducta y actitudes de la gente del común, aprendidas y ransmitidas como respuestas a sus específicas circunstancias e incertidumbres vitales.

Pues bien, uno de los escasísimos, y por ello mismo tan valiosos, medios para intentar la aproximación a aquellas gentes lo constituye el estudio de los restos de sus formas de expresión oral, de su oralidad cuotidiana, considerados, ahora, como fuente histórica, del mismo modo que lo son los otros restos escritos tradicionales. Porque, así como sería deseable que ningún historiador, admirado por la belleza y la magnificencia de los grandes monumentos de la época que estudia, pasase por alto la humilde existencia de otras construcciones diferentes impulsadas por manos menesterosas, tampoco nadie debería apresurarse a dejar de lado, con más o menos desprecio, los

---

[18] Véanse HARRIS, *Op. Cit.*, pp. 26 y ss., MALASPINA, E., *Ars temperans. Itinerari verso la comunicazione polivalente nel mondo latino*, Génova, 1988; BOTTIN, L., *Ermeneutica e oralità. Studi di lingua poetica griega*, Roma, 1983.

[19] Sobre los excesos a que ha conducido el terco llamamiento a "dejar hablar a las fuentes", así como sobre la vinculación ideológica de sus promotores, véase CANFORA, L., *Ideología de los estudios clásicos*, Madrid, 1991, especialmente, pp. 187-204.

[20] Por nuestra parte, creemos haber iniciado el camino. (Véanse la serie de trabajos publicados en *Gerión* y *ARIS*, citados en este mismo artículo).

[21] Véase RAWLS, J., *A Theory of Justice*, Cambridge, 1971.

[22] Por evocar el sugestivo título de la obra de P. JOUTARD, *Ces voix qui nous viennent du passé*, París, 1983, obra que constituye una de las más decididas reivindicaciones de la oralidad.

restos de unas actitudes, que son, no se olvide nunca, las de la mayoría de las gentes, sólo porque lo vulnerable de su naturaleza les impidiera surcar los obstáculos del tiempo con el mismo éxito que las de sus arrogantes adversarios.

No se postula, aquí, una imposible Historia Oral, porque sus métodos, que tan fructíferos están ya resultando para la Historia Contemporánea, como para la Historia Local y la Antropología, por razones obvias, no lo son para la Antigüedad. Se trata de la valoración de aquellas composiciones que se fundaron en la composición, ejecución, transmisión y conservación oral básica, pero, naturalmente, a través de sus restos sólo ocasionalmente conservados por escrito, lo que constituye uno de sus mayores obstáculos para su estudio. Desde luego, no puede establecerse, sin más, correspondencias entre la abundancia de ciertos tonos que emanan de esos restos escritos y el alcance, extensión o popularidad de los mismos, ni la concordancia entre las formas y variantes, siempre más ásperas y libres de la Oralidad, y éstas otras, sin duda, más fijas y dulces, transmitidas y conservadas gracias a su fijación por escrito. Es preciso no olvidar que, aunque todo estudio ha de basarse, necesariamente, en los restos de las formas escritas, hubieron de persistir siempre otras formas orales paralelas, sin duda más importantes, pero cuyo alcance real permanece escondido. Otra de las dificultades mayores consiste en el imprescindible intento de precisión sobre su paternidad, puesto que si bien muchos de sus enunciados lo han sido en forma que se reconoce su origen anónimo, en otros lo han sido como obra de autor, lo que enfrenta con el reto de evaluar la cuantía de sus aportaciones personales, así como su creatividad y originalidad. Por ello mismo, tampoco puede concederse la paternidad a cualquier autor por el hecho de que se ignoren sus antecedentes, porque tales antecedentes bien pudieron perderse -consideración que siempre debe tenerse presente, incluso en los textos de transmisión escrita- o bien ser objeto de dominio oral exclusivamente y no estar recogidos por escrito. En sentido inverso, el hecho de que una obra sea, en origen, creación de autor no implica que, a partir del momento en que llegara a ser aceptada por un colectivo amplio, asumida y transmitida oralmente, no pueda y deba ser tratada como una creación colectiva, porque en una tradición dominantemente oral, como debe ser considerada la de amplísimos sectores de la Antigüedad, lo que no es objeto de aceptación generalizada no se transmitía. Su transmisión oral supone, en consecuencia, un nivel mínimo de aceptación y aprobación de su contenido axiológico, de adaptación a las mentalidades que lo escuchan y promueven, dirigiendo, orientando, variando y matizando, si fuera preciso, su sentido, actuando, así, como una especie de censores de la tradición cultural colectiva. Es necesario, igualmente, dejar sentado que, dentro de la tradición oral, se debe distinguir entre la cultura oral, los valores, la sensibilidad,los intereses *de* las gentes corrientes y la cultura oral *para* las gentes corrientes, proporcionada por otras gentes, con propósitos específicos y en respuesta a sus intereses particulares. Debe notarse que tal cultura *para* las gentes corrientes debe satisfacer un umbral básico de necesidades en aquellos a los que se destina, para ser aceptada y asumida, prestándose, sólo entonces, para su extensión oral. Ha podido ocurrir, pues, aunque desgraciadamente no se pueda matizar en cuántas ocasiones, que la citada cultura *para* las gentes corrientes se nos haya transmitido en las mismas formas escritas que lo haya hecho la cultura *de* las gentes corrientes, convirtiéndose, entonces, en tarea tan necesaria como arriesgada el intento de diferenciación entre las mismas.

IV

Pues bien, entre los géneros y subgéneros de creación y transmisión fundamentalmente oral, el universo paremiológico, en general, y algunos de sus tipos, en particular, puede ofrecer un especial atractivo para el historiador de la Historia Antigua contribuyendo decididamente a paliar un tanto la gran injusticia cometida con el hombre común, por una parte, y, por otra, a una mejor comprensión de las propias minorías. Recientemente, con motivo de la celebración del Año Inter-

nacional de la Familia en 1994, intentando pasar, ya, de la teoría (constatación de la conveniencia de incluir el tratamiento de las paremias como fuente histórica) a la práctica (introducción decidida de su uso), tenía la ocasión de comprobar las posibilidades de enriquecimiento del panorama heurístico de la Antigüedad, gracias a la utilización y manejo, siempre contrastado con otras fuentes, de unidades paremiológicas sobre el tema de la familia romana[23].

Careciendo de una metodología firme, dado el carácter pionero del intento, se dispusieron unos pasos elementales para rendirlas útiles para el trabajo histórico citado, que, en síntesis, fueron éstos:

I. Establecimiento de las precisiones conceptuales necesarias, mínimas pero imprescindibles, sobre cada uno de los tipos paremiológicos, así como delimitación de cada uno de sus campos propios, procurando eliminar, en la medida de lo posible, confusiones, aceptando siempre la mano fraternalmente tendida por quienes nos preceden en el camino[24].

II. Recogida y consecuente elaboración de un fichero de carácter general capaz de contener las distintas unidades supervivientes del mundo romano concernientes a las relaciones familiares[25].

---

[23] Cf. mis "Fuentes orales y actitudes romanas ante la familia", *Gerión*, XIII, (en prensa) y "Notas sobre la familia romana a través de las fuentes orales", *Aris*, V, (en prensa). Se aceptaba así el reto lanzado por la estudiosa FORGAS BERDET, E., ("Cultura popular y cultura material: el refranero", *Paremia*, I, 1993, p. 39) quien finalizaba su apotación con esta palabras: "Por nuestra parte, huelga decir que la aplicación del estudio paremiológico a campos concretos, los de la sociología, la economía, la historia, o -como en este caso- la agricultura, es competencia de los especialistas en cada una de estas disciplinas, que son los únicos que podrían y, a mi entender, deberían, aprovechar convenientemente todo el despreciado e ignorado caudal informativo que encierra nuestro Refranero".

[24] Para atender a esta cuestión, francamente irresoluble para nuestras propias fuerzas, no hemos dudado en acudir a la seriedad científica y gratificante claridad pedagógica de J. SEVILLA, especialmente, "Las paremias españolas: clasificación, definición y correspondencia francesa", *Paremia*, II, pp. 15- 20; *Hacia una aproximación conceptual de las paremias francesas y españolas*, Madrid, 1988; "Paremiología y lexicografía. Algunas precisiones terminológicas y conceptuales", *Philologica Hispanienssia, in honorem M. Alvar, II, Lingüística*, Madrid, 1985; "Propuesta de aproximación paremiológica", *Revista de Filología Románica*, VIII, 1991, pp. 31-39, como síntesis de sus múltiples aportaciones en este campo.

[25] Sin que puedan considerarse completas y reconociendo que su recopilación responde a criterios subjetivos, por lo que siempre podrán matizarse y enriquecerse con posteriores aportaciones, su mismo enunciado ofrece la medida de sus posibilidades: sus argumentos, sin que pueda precisarse su extensión social ni su popularidad, debieron rivalizar, en el propio terreno de la oralidad cotidiana, con esos cuentos, canciones o fábulas tan cercanos al alma popular que los creó. Para tal tarea, nos hemos servido de los distintos *thesauri* o colecciones de expresiones y dichos de la Antigüedad, espigando con cautela en ese torbellino de citas en el que los distintos editores mezclan, sin individualizar suficientemente, los diversos tipos de paremias, introduciendo, incluso, algunas unidades que claramente no lo son. Cf., por ejemplo, CUROTTO, E., *Monumenta sapientiae. Thesaurus sententiarum*, Turín, 1930; DE MAURI, L., *5000 proverbi e motti latini. Fores sententiarum*, Milán, 1967; FUMAGALLI, F., *L'Ape latina. Dizzionaretto de 2948 sentenze, proverbi, motti, divise, frassi e locuzione latine*, Milán, 1969; BINDER, W., *Novus Thesaurus Adagiorum Latinorum*, Wiesbaden, 1971; SCHMIDT, P. (Ed.), *Proverbia sententiaeque latinitatis medii ac recentioris Aevi*, Götingen, 1982-86, 3 vols.; VALENTÍ & GALÍ, *Aurea dicta. Dichos y sentencias del mundo clásico*, Barcelona, 1990; HERRERO LLORENTE, V., *Diccionario de expresiones y frases latinas*, Madrid, 1992; MERMINOD, Y., *Expresions et Proverbes latines, adages juridiques*, Neuchâtel, 1992. Naturalmente, este tipo de colecciones modernas resultaban insuficientes, en relación con los objetivos marcados, por lo que fue preciso completarlas mediante la atención a esos otros coleccionistas antiguos más

III. Ejecución, hasta donde era posible, de diversos *corpora*, de ningún modo definitivos, para cada tipo de paremias, con especial atención a las máximas y sentencias, dado el carácter del estudio[26].

IV. Elaboración, dentro de cada uno de los *corpora* específicos, de los correspondientes apartados temáticos, capaces de englobar y comprender la multiplicidad de facetas de la vida familiar romana, en relación tanto con la vida privada como con la pública.

V. Contraste, en el marco de cada uno de los aludidos apartados temáticos, de los contenidos de los diversos tipos de paremias, contribuyendo, así, a delimitar,un tanto, la especificidad expresiva de cada una de ellas.

VI. Comparación, a su vez, de los contenidos paremiológicos con las perspectivas ofrecidas por otras fuentes, tanto de carácter oral como escrito, tanto de índole o tono popular como culto y tanto de origen, destino y aplicación social minoritaria y culta como mayoritaria y popular.

---

o menos creativos, como Publilio Siro, Cecilio Balbo, Catón, Valerio Máximo, Curcio Rufo, etc., así como, aunque en segundo término, con la atención a las paremias, o quasi-paremias (hemos preferido pecar por exceso), incluidas en las obras del resto de pensadores del mundo romano.

[26] Máximas, principios, sentencias aforismos y apogtemas, cultas tanto por su origen como por sus contenidos y formas de expresión, al pasar el tiempo, y no por azar sino por sus cualidades intrínsecas de forma y de fondo poseidas, podrían acercarse a las paremias cultas o populares de orígen anónimo. Desde ese momento, relegado ya su origen y con independencia de la voluntad de su creador, convertidas unas, bien en dichos populares o refranes y consejas o bien en frases proverbiales o adagios, se adentrarían, al margen de la escritura, en el terreno de la oralidad disputando ese campo a las locuciones propiamente populares. Se trataría, por tanto, de la concreción escrita, a través de sus cultos portavoces, del pensamiento o visión del mundo de los grupos propietarios pero con la especificidad de que, serían capaces de circular y conservarse, con variantes más o menos acusadas, al margen de los restringidos circuitos del pensamiento culto, extendiéndose a los más amplios círculos del analfabetismo o niveles de alfabetización más bajos. Nudos, ya, en el amplisimo tapiz del saber y el sentir, se ofrecerían como abreviaturas clarividentes del pensamiento y la sensibilidad de toda la comunidad. Su uso retórico, cobijándose en la experiencia intelectual y moral colectiva, se dotaría de autoridad suficiente para amonestar, advertir y dirigir las conductas, a través de insistentes llamadas a lo establecido, lo permanente, lo que no puede cambiarse sin incurrir en graves riesgos para uno y para todos. Es verdad, que no es fácil calibrar, hoy, en un mundo marcado por el relativismo y la contestación intelectual y moral, el enorme alcance retórico de unos usos orales sostenidos y afianzados por un saber y una experiencia colectiva que se tienen por incontestables. Pero, sin contar con el papel que desempeñaran en su época, lo que ya justificaría su uso histórico, para el historiador interesan, sobre todo, por lo que expresan, por la medida en que pueden ayudar a la comprensión de aquellas sociedades. Vale la pena, pues, avisar de que no debe incurrirse en el gravísimo error de valorar el alcance de las formas de expresión de otros tiempos a partir de su transcendencia en la actualidad. Debe recordarse, una vez más, que en un mundo dominado por la comunicación oral, el valor de los enunciados paremiológicos hubo de revestir una importancia capital. De ahí que su tratamiento no sólo pueda convertirse en un elemento más para el estudio de la sociedad que los produjo, como dijera Combet (*Recherches sur le Refranero castillain*, París, 1971, p. 338), refiriéndose a otras épocas, sino que deba introducirse, necesariamente, para un conocimiento menos parcial de las mismas. Naturalmente, las condiciones que habrían de presidir la conversión de un enunciado en el tipo de paremias que estudiamos no se referirían tanto a a lo acertado o profundo de sus contenidos cuanto a su aprobación su éxito y su popularidad logradas. Y ello se produciría en relación tanto con el modo en que su mensaje era capaz de atender y expresar puntos de vista suficientemente amplios como en relación con el modo en que su forma, por su ritmo, su humor y su brevedad resultaba grata y fácilmente recordable.

Gracias a la experiencia vivida con la intrusión en el universo paremiológico, resultan evidentes las posibilidades de enriquecimiento de nuestra comprensión de las distintas ideologías, sensibilidades, actitudes y mentalidades, y por ello, también, de las condiciones de existencia de las gentes del mundo romano. En síntesis, esas posibilidades podrían concretarse en los siguientes extremos:

1. Especificación y demarcación de los contenidos axiológicos de los tipos concretos de paremias atendidas.

2. Visión panorámica contenida en el universo paremiológico.

3. Posibilidad de contraste de sus enunciados con otras fuentes de carácter oral.

4. Evidencia de las limitaciones de las fuentes escritas tradicionales y capacidad de asistencia prestada por las nuevas fuentes.

5. Posibilidades, en fin, de enriquecimiento general para una comprensión más completa del fenómeno histórico atendido.

El tratamiento de las paremias romanas concernientes a las relaciones familiares corroboraba, por otra parte, las impresiones, ya manifestadas previamente en otras publicaciones[27], en el sentido de considerar el campo de la oralidad antigua como el ámbito de expresión propio y específico, pero de ningún modo exclusivo, de aquellos grupos, la mayoría de la población, ajenos, por los múltiples motivos aludidos, a la escritura culta. Parece correcto pensar que fue, el de la oralidad, un campo abierto, socialmente compartido y disputado, como ha ocurrido siempre en todas las épocas y como, también, sigue ocurriendo hoy en todos los lugares del mundo, y en él debieron coexistir, conflictivamente, claras y acusadas diferencias en relación con los distintos elementos que lo compusieron. Puede sostenerse, igualmente, que los distintos géneros y subgéneros que participaron de la oralidad, y por ella compitieron, debieron tener no pocos rasgos comunes, de forma y de fondo, precisamente aquellos que habrían de permitir su aceptación y expansión en amplios sectores sociales, pero, del difícil y escurridizo estudio de sus escasos y frecuentemente manipulados restos escritos, resulta evidente que hubo nítidas diferencias entre los mismos. Dentro de cada género, se constatan, igualmente, diferencias entre las unidades de autor y aquellas otras de carácter anónimo e, incluso, dentro de cada una de éstas, pueden manifestarse fricciones y enfrentamientos, dando lugar a frecuentes luchas, como, por ejemplo, las consabidas querellas de dichos y refranes. En cualquier caso, no conviene olvidar que, frecuentemente, bajo esos conflictos, tantas veces humorísticos, lo que late no es sino un esfuerzo por lo que hoy llamaríamos lucha por el control del medio, que, según nos parece, también constituye, aunque peculiarmente, eso sí, un reflejo de esa conflictividad social que constituye el eje de la Historia.

---

[27] Cf., por ejemplo, "Lucha de clases e ideología en la Tardía República, I y II", *Gerión*, VIII, 1990, pp. 115-139; "Lucha de clases e ideología: introducción al estudio de la fábula esópica como fuente histórica", *Gerión*, IX, 1991, pp. 11-58; "Lucha de clases e ideología: aproximación temática a las fábulas no contenidas en las colecciones anónimas", *Gerión*, X, 1992, pp. 23-63; "Escritura...", *Cit.*, pp. 95-143.